

quisiera acabarlos en su mano estaba, que aunque eran pocos bastaban para ellos; además que en México tenían muchos españoles sus parientes, que si quisieran los enviarían á llamar y los acabarían; pero que tenía atención á que no eran cristianos, y su venida no era sino para que conociesen á Dios, y que fuesen sus amigos, y así se lo tenía mandado el emperador y rey de España, y que el no consumirlos era temiendo á Dios que los castigaría por ello; que les rogaba dejasen las armas. Á esta razon respondieron con grande risa: « Si tan valientes sois, cómo os fué en el Mixton con los de Xuchipila, que hicisteis como mujeres; dónde están esos vuestros parientes mexicanos, cómo no vienen á vengaros; dejasos de eso, idos, que presto iremos á vuestro pueblo y os acabaremos, y traeremos á vuestros hijos y mujeres, y nos amancebaremos con ellas; andad, gallinas, cobardes. »

Vista esta respuesta por el capitán Ibarra, determinó dejarles, y al tiempo de partirse les dijo: « Quedaos, hijos, que algun dia lo lloraréis; » y á la despedida dieron á los españoles una rociada de flechería, diciendo: « Tomad comida. » Esto pasó en Teocaltiche, y habiendo salido de allí, fué el capitán Miguel de Ibarra al pueblo de Nochistlan, cuatro leguas de distancia, que era mejor gente, y en todos aquellos pueblos de alrededor no hallaron persona alguna, sino todo despoblado. Llegado al pueblo de Nochistlan, que entonces estaba poblado en el peñol, al tiempo que subió á lo alto para entrar en él, halló siete albarradas reforzadas de mas de dos varas de ancho y un estado de alto, no teniendo antes sino una albarrada por cerco, que todo lo demas eran rocas tajadas é inexpugnables, y mas de diez mil hombres de guerra muy emplumados á su usanza; entonces llamó á grandes voces á los caciques, que el uno se llamaba D. Francisco y era cascan de nacion, y el otro se llamaba D. Diego y era zacateco; el D. Francisco llegó á hablar á Ibarra y le dijo: « Señor, ¿ á qué vienes? ¿ quieres que te maten estos á tí y á esos soldados, como hicieron los de Xuchipila? Yo muy llano estoy á servirte, y porque soy amigo de los españoles me ha querido matar mi gente y vasallos, y me tienen por sospechoso: quien anda en esto es D. Diego el cacique zacateco; creédmelo, y que si me muestro contrario á vosotros, es por cumplir con ellos, y que no me maten. » Entonces dicho Ibarra

les dijo: « Pues llamad á D. Diego, que quiero verle y hablarle; » y habiéndole llamado D. Francisco, le dijo Miguel de Ibarra: « D. Diego, ¿ para qué andais con estas revueltas? dejasos de ellas y vivid en paz, pues no os han hecho agravio los españoles para que tan enemigos os mostréis de ellos. » El indio respondió: « Sois unos perros bellacos, y más lo es D. Francisco que me llamó; andad, idos, porque aquí os haremos pedazos; » y entonces dió voces á todo el pueblo, y salió con mucha gritería toda la gente disparando infinitas flechas. Visto por Miguel de Ibarra, se fué retirando á media rienda con los pocos soldados que llevaba, hasta que se vió libre de ellos, y se volvió á la villa y contó al gobernador lo que pasaba; y habiéndolo oído, le dijo el gobernador lo bien que habia hecho en retirarse, que era menester mas gente para castigarlos, y que presto habria remedio, porque Juan de Villareal habia vuelto con nuevas que D. Pedro de Alvarado venia y que traía cien soldados, y que estaba entendido estaba ya en el valle de Tonalá, y le esperaba por horas; que Dios habia de ser servido de remediarlos; que estuviesen apercebidos, así para los enemigos como para recibir al adelantado.

CAPÍTULO XXXIII.

En que se trata cómo el adelantado D. Pedro de Alvarado llegó á la ciudad de Guadalajara con sus soldados, y de algunas cosas que fueron sucediendo.

Ya queda visto el valeroso ánimo y buena voluntad con que el adelantado D. Pedro de Alvarado procuró acudir al socorro de los españoles del Nuevo Reino de la Galicia contra la conspiracion general de los indios, por cuya prevencion dejó presidiados los dichos, y cómo llegó al Rio Grande, y allí le acudieron los indios caciques de Tonalá y Tlajomulco con gente de guerra para asistirle y pasar los soldados de su campo, por haberles conservado el padre Fr. Antonio de Segovia con sus pláticas en la amistad de los españoles y doctrina cristiana que les habia enseñado, que fué harto bien del reino tenerlos siempre por amigos. Allí, pues, los caciques y se-

ñores de Tonalá le recibieron muy bien y dieron lo necesario: preguntóles el adelantado D. Pedro de Alvarado, si eran tambien ellos de los alzados, porque él venia á socorrer á los españoles y á vengarlos de las matanzas que habian hecho en ellos; á que respondieron que nunca ellos tal intento tuvieron, que los cascanes eran los alzados, que ellos siempre habian defendido á los españoles, y que por haberlo hecho así en lo del Mixton les habian muerto cantidad de gente con los españoles que allí murieron: á que les respondió el adelantado aconsejándoles estuviesen firmes en tener lealtad con los españoles, porque si no lo hacian así, él los castigaría muy bien; y ellos le prometieron guardar lealtad y socorrerles en todo en sus tierras siempre; y habiendo oido estas razones el adelantado se alegró mucho y les mandó dar algunos géneros de ropa de las de los españoles, con que quedaron muy amigos; y luego les pidió le diesen indios y gente para pasar el Rio Grande y barranca para ir á la ciudad de Guadalajara que estaba de la otra parte, y ya habia dado aviso al gobernador Cristóbal de Oñate de su llegada, desde el Rio Grande donde se junta otro rio que llaman Temacapulli, que viene desde Zacatecas; y habiendo sabido el gobernador Oñate de su venida, envió gente y españoles y al capitán Juan del Camino para que le fuesen á dar el parabien de su llegada y le viniesen sirviendo; y habiendo llegado Juan del Camino al rio con todo el regalo posible, halló al adelantado pasándolo, que iba grande por ser tiempo de aguas, y así que pasó, Juan del Camino le besó las manos de su parte y del gobernador, y le recibió el adelantado muy gustoso, y más cuando supo estaban vivos los de la ciudad, porque segun se habia dicho, entendió eran muertos todos, y así venia á la ligera con sus españoles á socorrerlos y acudir á la necesidad presente, y que mas gente dejaba en las fronteras de doscientos soldados, para si fuesen necesarios en algun tiempo, y que él daba palabra de no desamparar el reino hasta dejarle pacífico ó perder la vida, pues le habia guardado para aquella ocasion, y llevando otra DERROTA por la mar, sin pensarlo aportar donde se hallaban, y que él daba gracias á Dios por aquella aventura, pues le traia para remediar tanta necesidad, lo cual era mucha ganancia para él, así por el mérito que tendria ante Dios, como para S. M. el Emperador Carlos V, cuyo capitán era.

Luego que el adelantado pasó fué marchando á la ciudad, que estaba tres leguas de allí, y á media legua antes de llegar á ella encontró al capitán y gobernador Cristóbal de Oñate que le salia á recibir con los pocos españoles que en la ciudad habia; y habiendo llegado el adelantado y gobernador se abrazaron y se saludaron como personas tales, y quedándose un poco atrás ambos, cada uno fué tratando de sus cosas, muy contentos de verse juntos en tal ocasion dos capitanes los mas famosos que habia habido en la Nueva España desde que la entró á ganar el marques del Valle; y habiendo llegado á la ciudad llevaron al adelantado D. Pedro de Alvarado á las casas del capitán Juan del Camino que estaba casado con una señora deuda del adelantado, llamada Magdalena de Alvarado; allí fué hospedado y regalado de toda la villa, que con su entrada y gente se le habia aliviado la pena de la ruina que esperaban, teniendo por cierto que con aquel socorro se allanaria todo; y habiendo descansado allí algun tiempo, el gobernador Cristóbal de Oñate se juntó con el adelantado y se trató de la guerra y de los sucesos pasados, y cuán encendidas iban las cosas del reino en guerras y rebeliones; y habiendo oido el adelantado las cosas pasadas y visto las presentes, y en cuán mala parte estaba fundada la ciudad, dijo: « Señor gobernador, á mí me parece no se dilate el castigo de estos traidores enemigos, que es vergüenza que cuatro indios gatillos hayan dado tanto tronido que alboroten dos reinos: con menos gente que con la que traigo basta á sujetarlos, porque he arruinado muchas mas máquinas de enemigos, y es mengua que para estos sea menester mas socorro; no hay que esperar mas. »

Habia llegado á la ciudad á doce de Junio del año de mil quinientos cuarenta y uno, y como tenia probadas sus fuerzas con indios mexicanos, de Guatemala y otras provincias, parecióle mengua del valor español aguardar la fuerza del ejército del virey que se juntaba, á quien Cristóbal de Oñate habia dado aviso, y así le pareció ganar para sí la gloria y triunfo sin aguardar socorro, sin podérselo estorbar los capitanes y vecinos de la ciudad de Guadalajara, ni personas graves que en su compañía traia, como eran D. Luis de Castilla y Juan Mendez de Sotomayor, antes les dijo: « Yo me determino salir de esta ciudad para el dia de Sr. Santiago

solo con mi gente, sin que vaya ningun vecino de la ciudad á la guerra, ni soldado de ella; quédense con el señor gobernador, que yo basto con ella para allanarlo todo, porque qué gente es esta para temerla; porque la causa de estar los indios tan victoriosos y atrevidos ha sido la causa el poco ánimo que han tenido los españoles en los encuentros.» Dió pena al gobernador Cristóbal de Oñate el oír semejantes baldones al adelantado, y de ver cuán engañado estaba él y su gente en lo que decían, porque el mas mínimo de los soldados y vecinos que la ciudad tenia era mas valeroso que los que el adelantado traia, porque eran bisonos; y así el gobernador Oñate le dijo: « Señor adelantado, no hay que tratarse de eso; todos hacen el deber en su casa; V. S. no conoce la tierra, que es áspera, y vale mas un indio de los de por acá, que mil de los que por allá se han conquistado; y en lo que toca á los soldados, los de acá son bonísimos; no quiero tratar de los que V. S. trae. Dice que con brevedad quiere allanar la tierra; pero para allanarla dése orden de lo que se ha de hacer, y vamos, que yo deseo harto la brevedad; pero repare V. S. en que son las aguas y la mayor fuerza de ellas, hay pantanos, y no sé lo que será; espere V. S. á S. Miguel, que entonces cesarán las aguas; » á que respondió el adelantado: que él habia de ir, que así convenia para concluir aquella empresa, y luego embarcarse para su viaje, y que cuatro dias bastaban para allanar la tierra; que todo era burlería. Hubo demandas y respuestas sobre el caso, y al fin salió determinado que el adelantado fuese con su gente, y no otro ninguno de la ciudad; y ya determinado á salir para ir al peñol de Nochistlan, le dijo el gobernador: « Señor adelantado, mucho me pesa dejar ir á V. S. solo: yo prometo á V. S. que se ha de ver en trabajos, porque es el tiempo lodoso, y los indios malos y soberbios; no suceda algun caso extraño. Espere socorro de México, y todos juntos en buen tiempo haremos la pacificacion llana y sin riesgo. »

Recogió tanta pena y enojo el adelantado, que no curó de razones, y respondió con decir: « Ya está la suerte echada, yo me encomiendo á Dios. » Despidióse de todos y tomó su camino para el peñol y pueblo de Nochistlan, animando su gente y diciéndoles hiciesen su deber, que no les estaba bien llevar á los de la ciudad; y todos blasonaron que haria cada uno mas que el Cid y Roldán;

y despues que se fueron, temeroso el gobernador Cristóbal de Oñate de la ruina en que habian de parar por el mal gobierno que vió, y conocerlo todo, mandó luego aderezar veinticinco hombres de á caballo y él con ellos, y dejando el recado que le pareció necesario en la ciudad, comenzó á caminar por lo alto de Xuchipila y las montañas de Nochistlan, y se fué á poner enfrente del peñol en lo alto, para desde allí avistar y ver lo que pasaba; y así llegado al puesto, que era en una mesa alta redonda donde la ciudad solia estar cuando se fundó la primera vez, porque desde allí se veía muy bien el combate del peñol, sin que fuesen sentidos de los del adelantado, llegó D. Pedro de Alvarado á reconocer la entrada en el pueblo y peñol de Nochistlan, y hallóla cerrada con siete albarradas muy fuertes, y queriéndola entrar salieron á defenderla mas de diez mil indios y sus mujeres, y con flechas, dardos y piedras resistieron y pelearon con tanta fuerza y ferocidad, que al primer encuentro que tiraron quitaron la vida á veinte españoles, y al instante los hicieron pedazos y los echaron por el aire sus cuerpos, retirando algo á D. Pedro de Alvarado y á su gente, el cual volvió á acometer á las albarradas, y le mataron otros diez, sin que lo pudiese remediar; y viendo que porfiaba á entrarlos, fué tanta la gente que salió de tropel de los enemigos á campo abierto, que le fué fuerza retirarse porque el tiempo era lluvioso, la tierra empantanada y cenagosa y llena de cardones y magueyales, y no eran señores de los caballos porque se atascaban, ni aun los soldados de á pié podian andar por el gran lodo, y así le fué forzoso el irse retirando antes que le acabasen la gente, viendo los tiempos contrarios, y con mucho esfuerzo y valor fué sacando su campo; y viendo los enemigos que se salia para retirarse, salió casi la mas gente de las albarradas á dar sobre él, y haciéndoles rostro se fué retirando de ellos, y le siguieron mas de tres leguas, teniéndoles bien afligidos. Apeóse del caballo, y como valeroso capitán, á pié con los peones peleaba con su espada y rodela, haciéndoles rostro. Los de á caballo harto hacian en buscar tierra enjuta por no se atollar, y por no poder caminar por lo pedregoso y cenagoso, y aquí le mataron un español llamado Juan de Cárdenas y al caballo en que iba, y en pudiendo hacian sus arremetidas; y yendo peleando los enemigos con el adelantado y su gente, los embarran-

caron y dieron con ellos en una quebrada entre el pueblo de Yahualica y Acatic; y ya que el combate iba cesando y los enemigos se volvian, el adelantado mandó á sus soldados de á pié y á caballo marcharan sin fatiga, porque ya los enemigos se sosegaban y retiraban para sus peñoles.

Iba el adelantado á pié con ellos en retaguardia, y uno de los de á caballo que se llamaba Baltasar de Montoya, natural de Sevilla, y era escribano de D. Pedro de Alvarado, que despues murió de ciento y cinco años, llevaba el caballo cansado, y subiendo una cuesta le dió con las espuelas, haciendo fuerza para adelantarse, en tanta manera que le hacia perder pié; el adelantado le dijo: «Sosegaos, Montoya, que los indios nos han dejado;» pero como el miedo es gigante y le habia ocupado, no atendió á las razones que le dijo, sino á huir; y como iba hablando con él el capitán, diciéndole que se reportase, que porqué se daba prisa á picar y huir, se le fueron al caballo los piés, y fué rodando el caballo, y de un encuentro se llevó por delante al adelantado, siendo tal el golpe que le dió en los pechos, que se los hizo pedazos, y le llevó rodando por la cuesta abajo hasta un arroyuelo, adonde estando caído acudió toda la gente al reparo y le hallaron sin sentido; y procurando alzarlo, diéronle agua con que volvió en sí, y echaba sangre por la boca á borbotadas, y dijo: «Esto merece quien trae consigo tales hombres como Montoya.» Era tan grande el dolor que le afligia, que apenas podia hablar; y preguntándole D. Luis de Castilla qué le dolia, respondió: «El alma: llévenme á do confiese y la cure con la resina de la penitencia, y la lave con la Sangre preciosa de nuestro Redentor.» Causaba mucha lástima á todos, y luego aderezaron un pavés y le llevaron al pueblo de Atenguillo, que era cuatro leguas de adonde le sucedió el caso, que fué á veinticuatro de Junio del año de mil quinientos cuarenta y uno, día del glorioso precursor S. Juan Bautista, donde llegaron á dormir, para ir otro día á Guadalajara; y en el tiempo que esto pasaba, viendo el gobernador Cristóbal de Oñate que á tales lances habia llegado el adelantado y su gente, y que lo llevaban de corrida, salió tomando lo alto para salir al encuentro á su defensa; y cuando salió al pueblo de Yahualica alcanzó algunos soldados á pié, y les preguntó ¿adónde quedaba el adelantado? los cua-

les le dijeron lo que habia pasado en el combate, y que le habian muerto treinta soldados, y la desgracia sucedida, y como habia pasado adelante é iba mortal; y entonces el gobernador sintió mucho el suceso, se dió prisa á caminar con los suyos, y á la oracion llegó al pueblo de Atenguillo; halló los soldados que le habian quedado, y al adelantado muy fatigado, y todos bien afligidos del caso; y habiéndose visto entrambos se enternecieron, y el gobernador Oñate le dijo: «Señor adelantado, al alma me llega que V. S. se haya puesto en tanto riesgo y en tal extremo de perder la vida, pues como hombre tan experimentado en la guerra dije á V. S. no fuese á este castigo, por ser el tiempo contrario y favorable á los enemigos, y es muy diferente gente esta de la que V. S. ha conquistado;» á que respondió el adelantado: «Ya es hecho: qué remedio hay? curar el alma es lo que conviene;» y muy enternecido dijo: «Quien no cree á buena madre crea á mala madrastra. Yo tuve la culpa en no tomar consejo de quien conocia la gente y tierra, y mi desventura fué traer un soldado tan cobarde y vil como Montoya, con quien me he visto en muchos peligros por salvarle, hasta que con su caballo y poco ánimo me ha muerto. Sea Dios loado; yo me siento muy fatigado y mortal; conviene que con la brevedad posible me lleven á la ciudad para ordenar mi alma.» Preguntábale el gobernador que qué sentia, dónde fué el golpe, y que qué le dolia; y echando sangre por la boca decia: «Aquí y el alma;» con tantas ansias que quebraba el corazon á todos de ver un caso tan sin pensar. Luego el gobernador Oñate mandó meterlo en su pavés y llevarlo á la ciudad, que distaba de allí cuatro leguas llanas: y él se adelantó por la posta, y dijo al Br. D. Bartolomé de Estrada, que era cura y vicario de la ciudad, saliese á encontrar al adelantado y lo confesase, porque venia muy al cabo; y luego el Br. Estrada salió con seis de á caballo, y á una legua que anduvo encontró con el adelantado que venia con grandes ansias de muerte, y habiendo llegado le dijo: «V. S. sea muy bien venido, que me pesa de verle en tal extremo;» y entonces el adelantado le dijo: «Señor, sea bien llegado para remedio de una alma tan pecadora; ya no se perderá con el favor de la divina misericordia;» y sin mas razones mandó parar el pavés, y debajo de unos pinos se confesó muy devotamente, con muchos gemidos y